

ct

El último vuelo

de
Pedro Montalbán Kroebel

(fragmento)

Intento salivar ¿cuánto tiempo hace que no he escupido? Ya no me queda saliva. Si mantengo la boca cerrada, una sustancia pegajosa me sella los labios. Se seca y forma al exterior un rodete duro. Se me llenan los ojos de luces. ¿O es oscuridad?

¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Aquí. ¡Esperad...! ¡Esperad...! No, no os alejéis. Escuchadme. ¿Dónde estoy? Ni un árbol, ni un seto, ni una piedra que pueda ofrecerme abrigo. Ese viento. No es el frío. Es otra cosa. Es el fin. Ya no siento el frío, a no ser que mueva un músculo. Así me olvido de mi cuerpo dormido bajo la arena. En este sarcófago ya no me moveré más, y así jamás volveré a sufrir. El desierto soy yo. Ya no salivo, pero tampoco soy capaz de crear imágenes a las que implorar. El sol ha secado la fuente de las lágrimas.

Adiós, aquellos que he querido. No es culpa mía si el cuerpo humano no puede resistir tres días sin beber. No me creía tan cautivo de las fuentes. No sospechaba que mi autonomía era tan limitada. Creemos que el hombre puede avanzar en línea recta. Creemos que el hombre es libre... No vemos la cuerda que nos ata al pozo, que nos une, como un cordón umbilical, al vientre de la tierra. Si damos un paso más, morimos.

No siento nada, salvo vuestro sufrimiento. Después de todo, me ha tocado la mejor parte. Si regresara, volvería a empezar. En las ciudades ya no hay vida humana. No lamento nada. He jugado, he perdido. Son gajes del oficio. Pero, a pesar de todo, yo he respirado el viento del mar. Y quien ha saboreado una sola vez este manjar ya no puede olvidarlo.

¿Es un niño eso que contemplo ante mí? Ven que pueda tocarte. No te tengo y, sin embargo, te veo ahí, quieto, imperturbable. Imagen próxima ¿eres alcanzable al tacto? ¿O eres, tal vez, un rayo en mi mente, falsa visión, que irrumpe en mi cerebro al que la fiebre domina? Eres de una sustancia distinta al espejismo. Puedo ver tus manos de forma tan palpable como las mías. Todos mis sentidos se burlan de mis ojos. Todavía te veo. No, no eres real. ¿O tal vez sí? ¿Son tus pisadas lo que escucho? ¿Tu respiración? Tu risa me llega nítida. Puedo tocar tus cabellos de oro. Sí, eres tu. Sabía que vendrías. Aquí, bajo esa estrella. No podías dejar de acudir a mi llamada. Bailan de alegría mis espíritus.

No te sorprendas por mi ropa. Estoy en guerra. ¿Por qué me rechazas? No tengo nada que ocultar o de qué avergonzarme. Me siento vinculado a mis paisanos. El granjero me entrega su pan y yo despego en mi misión militar. Intercambiamos. ¿Porqué no puedo ser yo su participación en esta guerra? ¿Qué otra forma hay? No puedo evitar ser lo que soy. Soy un soldado y un escritor. Sí, admito la contradicción, aunque sea intolerable. Soy el creador de un cuento hermoso, el poeta que habla de ternura y de amor. Y también el piloto, el militar, el matemático, el inventor de patentes que ayudan a los bombarderos a realizar su trabajo. Y precisamente porque es intolerable admitir dos verdades contradictorias obtengo la victoria. La contradicción lejos de perjudicarme, me enriquece. ¡No son palabras huecas!

Claro que cumplo mi misión sabiendo que puedo causar la muerte. ¡Es un mal necesario! El sufrimiento de algunos inocentes evitará sufrir mucho más a un número mucho mayor de personas. No puedo soportar la idea de derramar generaciones de niños franceses en el vientre del monstruo alemán.

¿La muerte? Hay un alto grado de peligro en esta guerra, pero me da lo mismo si en la guerra me matan. ¿Qué quedará de lo que amo? Hablo de los seres, de las costumbres, de las canciones; del almuerzo bajo los olivos; hablo también de Haendel. ¿Qué me importan las cosas que queden? Lo que tiene valor es la combinación de las cosas. La civilización es un bien invisible. Se funda, no en las cosas, sino en los vínculos invisibles que las anudan unas a otras. Conseguimos perfectos instrumentos musicales distribuidos en grandes series, pero ¿dónde está el músico? Me río de si me matan en la guerra.

Pero si salgo con vida de esta tarea necesaria e ingrata, sólo tendré un problema: ¿qué se puede, qué se debe decir a los hombres? Sí, si sobrevivo no tendré nada que contar. En el fondo, es cierto, la guerra no es una aventura auténtica, es un sucedáneo de aventura. Aquí no hay creación de vínculos, ni problemas a resolver, ni se estimula la creatividad. La guerra no es una aventura. La guerra es una enfermedad. Como el tifus.

Existe una impresión que domina sobre todas las demás. La del absurdo. Todo se resquebraja a mi alrededor. Todo se hunde. Es tan definitivo que la propia muerte me parece absurda. En este caos la muerte ha perdido toda su seriedad. Tengo la impresión de estar encaminándome hacia la más sombría época de la historia del mundo. El imperio de la ley se verá suplantado por la Ley del Imperio. ¿Cómo impedir que aquellos que son oprimidos hoy, o los que nos salvan de la barbarie, no acaben siendo los opresores del mañana?

¡No te vayas! No me dejes sólo. Llévame contigo. Tienes razón. No puedo limitarme a ver la guerra como unas cuantas bombas que caen. Ni como un recuento estadístico de muertos y heridos. Llévame contigo. La guerra hay que verla desde una estrella, amigo mío, desde tu estrella. Fuera del tiempo, fuera del tiempo del espacio. Dejo aquí mi uniforme. Será como una vieja corteza abandonada.

Después de despegar el 31 de Julio, a las 8.45 de la mañana de la base aérea de Borgho, los aparatos de detección electro-magnética han seguido al aparato 223 hasta medio camino de las costas de Francia. No se han podido recoger indicios relativos a la continuidad de la misión, ni se ha recibido llamada de radio alguna. Se da al piloto por desaparecido.

Ahora sí. Por fin asistimos al último vuelo de Saint-Exupéry. El desierto, las lonas desaparecen y vuelve a quedar un espacio vacío. Y nosotros.
